

## Media y varianza

Félix García

Profesor de Filosofía.

Algunos datos parecen indicar que en la sociedad contemporánea, y más en concreto en España, se pueden estar produciendo dos fenómenos al mismo tiempo. Por un lado está aumentando el nivel medio de las personas, tanto en educación como en satisfacción de necesidades fundamentales o en ingresos económicos. Por otro lado, parece que están aumentando las diferencias entre unos sectores de la población, con un nivel cada vez más elevado, y otros sectores que corren el riesgo de quedar completamente excluidos del juego social. La situación de estos últimos puede ser peor que la de perdedores: ni siquiera tienen la posibilidad de jugar.

Por lo que se refiere a la educación, parece ser que en este caso también podemos encontrarnos con los dos fenómenos. La media de educación del país se incrementa, y también la de algunos rasgos asociados con esa educación como pueden ser la lectura comprensiva o el nivel de capacidad intelectual. Al mismo tiempo son preocupantes los datos que nos hablan de un número creciente de alumnos que termina sus estudios sin un dominio suficiente de habilidades fundamentales, lo que incrementa a su vez la posibilidad de ser excluidos completamente, sobre todo en una sociedad en la que la necesidad de formación está aumentando continuamente. Los datos, por ejemplo, sobre analfabetismo funcional no

son nada esperanzadores, como tampoco lo son los datos sobre «fracaso» escolar.

Expresado con un lenguaje estadístico, que es el que he empleado en el título de este escrito, puede ser que se produzca al mismo tiempo un incremento de la media, es decir, del nivel de logro de la población en general, y al mismo tiempo se produzca un incremento de la varianza, es decir, de las diferencias existentes entre los que ocupan lugares privilegiados en la escala de logro educativo y los que ocupan las posiciones inferiores.

Considero que éste es uno de los problemas cruciales de la educación en estos momentos y es el que subyace en gran parte de la discusión acerca de la reforma educativa. La gran mayoría de los críticos del modelo comprensivo de educación impuesto por la reforma consideran que este modelo está mal planteado pues pretende una nivelación a la baja. Según ellos, lo que se está consiguiendo es disminuir la varianza a costa de bajar la media. Su argumentación encubierta puede ir algo más lejos; esa bajada de la media se está produciendo como consecuencia de que se está impidiendo a los más dotados un pleno desarrollo de sus posibilidades. Para estos críticos es urgente recuperar un modelo no comprensivo de educación, diseñar itinerarios diferentes según las posibilidades de cada alumno y dedicar mayor esfuerzo a atender las

necesidades de los más capaces. Como es obvio, los defensores del modelo comprensivo argumentan que con él se está prestando especial atención a los sectores más débiles, pero sin que eso suponga detrimento alguno para los más capacitados; se consigue así tanto elevar la media como disminuir la varianza, lo cual es para ellos una exigencia ineludible de toda sociedad que pretenda ser democrática. En todo caso, es posible que lo que esté ocurriendo, como he dicho al principio, sea algo que poco tiene que ver con la discusión política de detractores y defensores; lo más probable es que, en contra de los críticos, el modelo comprensivo no haya dañado el nivel de desarrollo de los más dotados, y que, en contra de los defensores, haya subido la media sin beneficiar apreciablemente a los sectores más necesitados. La discusión, por otra parte, está siempre muy sesgada y muy cargada de prejuicios.

Considero que hace falta tomarse en serio este problema que, lejos de ser una cuestión de macropolítica educativa, es una cuestión que debemos responder cada vez que entramos en una clase y nos encontramos con un grupo de alumnos en los que van a existir, como no podía ser menos, una media y una varianza. ¿Qué debemos hacer en una clase, teniendo en cuenta que, como es mi caso y el de los lectores de la revista, tenemos una opción preferente personal de in-

tentar ayudar a los menos favorecidos? A modo de punto de partida, se me ocurren algunas sugerencias:

Es cierto que en una sociedad democrática debe mantenerse un requisito de igualdad, vinculado siempre a los de libertad y fraternidad. Si la varianza es demasiado grande, será imposible evitar que el sector mejor dotado termine sacando partido de la situación.

Varianza y media ofrecen siempre datos relevantes para hablar de grupos sociales o poblaciones, nunca para hablar de individuos. Cada persona tiene derecho a recibir el tipo de educación y trato que mejor se adecue a sus posibilidades para que sea real ese objetivo educativo de que cada uno pueda desarrollar todo lo que lleva dentro. Uno de los errores capitales de la educación, posiblemente provocado por

las exigencias económicas de la escolarización, es tratar a todos los alumnos más o menos igual, haciéndoles pasar por el lecho de Procusto de metodologías educativas uniformizadas. Considero que sólo atendiendo a las diferencias individuales se respetan los dos primeros principios de la democracia: la libertad y la igualdad, entendida ésta en el

sentido de respetar las diferencias sin caer en discriminaciones. Nada tiene que ver este planteamiento de igualdad en la diferencia con el principio de igualdad de oportunidades.

Si consiguiéramos tratar a cada persona concreta en el aula como necesita, lo que en principio parece bastante justo y sensato, a largo plazo quedarían claras las diferencias innatas de cada persona y disminuirían las diferencias producidas por las desigualdades sociales, económicas, culturales o educati-

vas. En ese sentido, nunca podemos confundir el ideal de igualdad democrática con una exaltación de la mediocridad (como media uniformizadora); el mejor tratamiento educativo no va a hacer desaparecer todas las desigualdades, sino sólo aquellas que procedan de una falta de atención a lo que las personas se merecen.

Si recordamos el viejo principio socialista de «a cada uno según su necesidad, de cada uno según sus capacidades», podríamos encontrar un camino más adecuado para superar estos falsos dilemas. Traducido al aula, esto supone que a cada alumno debemos proporcionarles las pautas educativas que mejor respondan a sus peculiaridades; de cada uno en el aula debemos exigir que aporte al proceso educativo lo



mejor que lleva dentro y esto no sólo en el sentido de que desarrolle al máximo sus posibilidades y no se contente con poco (es decir, que busque siempre la excelencia personal), sino también de que integre su desarrollo personal con el de las demás personas con las que está conviviendo. Se trata, por tanto, de potenciar en el aula procesos de aprendizaje cooperativos que, respetando lo que vengo diciendo sobre el trato diferente que cada persona se merece, contribuyan a desarrollar la tercera característica

básica de las sociedades democráticas, la fraternidad.

Como es lógico, pero no puedo desarrollar aquí, esto exige tener presente un modelo de persona humana diferente al socialmente dominante. Parto de una concepción de la persona según el cual lo individual y lo comunitario no pueden nunca darse de forma separada.

En cualquier caso, la prudencia parece indicar que no existen modelos de intervención que garanticen que tenemos en cuenta todo lo que acabo de decir. Una de las graves carencias de la educación actual es la escasez enorme de estudios e investigaciones que puedan arrojar luz sobre lo que realmente ocurre en las escuelas. Las discusiones sobre la calidad del sistema educativo o su contribución a la

transformación social están basadas en puras especulaciones, cargadas de infinidad de prejuicios. Posiblemente a lo más que se puede llegar en estos momentos es a clarificar algunos principios básicos, como he intentado en este caso, y a diseñar estrategias de intervención educativa que, teniendo en cuenta estos principios, puedan ser sometidas a revisión constante para evaluar

en qué medida cumplen los objetivos previstos y realizar las modificaciones pertinentes.

Por otra parte, conviene no olvidar nunca que la aportación de la educación a la lucha contra las desigualdades es importante, pero no es en absoluto suficiente. Poco se puede hacer desde la escuela para remediar esas desigualdades radicales que van marcando a un niño desde el momento en que nace, lo que ocurre algunos años –por lo demás decisivos– antes de que entre en la escuela.